



CAPÍTULO IV

«¡Audacia!» (ter)

DANTON

FINALMENTE—añadía el doctor Lecharme en lo postrero de su carta—no pasa día que ella no os llame á gritos. En la semana última la señora Adriana y yo, hemos podido embaucarla con hábiles promesas. Pero ahora ya es insostenible esto; es una verdadera desdicha. Se impacienta, se enfurece y amenaza escaparse y salir en vuestra busca. ¡La situación es insostenible; repito que es insostenible! Es preciso que sin tardanza vengáis á visitarla. Es preciso que vuestra presencia

restablezca la paz en esa pobre ánima. ¡Iré mañana para pedirlo hasta á vuestros penates! Mis saludos más cariñosos.»

Luego venía la firma del doctor, una rúbrica arcáica que se deslizaba blanda, *untuosa*, en arabescos sutílimos, de sabias complicaciones.

Roulette crispó el papel y lo arrojó lejos ¡Cómo! ¿No había terminado ese asunto? ¿Habría que seguir representando aquella farsa? ¡Ah, no y no!

Y después de cargar violentamente, á recios golpes de pulgar, su pipa enorme, una Friné de ambar, cuyas piernas solamente culotadas parecían traer medias negras muy altas, comenzó á fumar en silencio, en su butaca descrinada y mugrienta, donde empollaba y fermentaba su digestión, delante de una amplia ventana abierta á medio día.

Durante treinta años hizo Roulette una vida prodigiosamente diversa y andariega. Primero postillón, bodegonero después, más tarde memoria-
lista, buhonero, tintorero; y al cabo

agregóse un día á una farándula provinciana. A la muerte del jefe, los camaradas le proclamaron su *patrón*, y prosiguiendo en este oficio malaventurado y nómada, cruzó muchas veces toda la Francia, representando ya el drama, el vaudeville y la comedia en las plazas, en los mercados y corrales aldeanos.

En *Fanchon la Vielleuse* hizo una estupenda encarnación de la figura del marqués de Saint-Luce.

En la tragedia, de peplo y gestos altivos, y en las parodias truhanescas, como *Une matinée du Pont-neuf*, y aun en la *Famille des Lurons*, alcanzó predicamento y fama de grandísimo comediante.

Y aunque ya muy remoto este tiempo, le eran sabrosas sus memorias, y ellas le halagaban y regocijaban en las horas de tedio de la comenzada vejez. ¿No había caracterizado y vestido de pies á cabeza este y el otro personaje con esplendor inimitable, y voz ardiente y sonora que comunicaba el fuego del entusiasmo á las manos de los espectadores? ¿No había amado y sufrido copiosamente y había dejado los festines por los

30929

duelos, y había saboreado la gloria de ser héroe y emperador y de poder, como Cinna, perdonar? ¡Nada es perdurable en la tierra! Después de muchos años de faustos de artificio y de miserias de verdad, apodéróse de su alma y de su cuerpo una grande laxitud, cansado de no ser sino un pobre vagabundo, que cambiaba casi diariamente de cielo y de horizonte, sin saber nunca, por la mañana, el azaroso albergue que le depararía la noche. Tuvo envidia de la inapreciada felicidad de esas buenas gentes que todas las tardes después de su vueltecita por el mismo paraje de siempre, se acuestan en la misma cama, tan bien hecha y limpia; y al despertarse hallan los mismos muebles y menudos objetos familiares, colocados lindamente en el mismo sitio del aposento...

Y de improviso decidióse con firmeza á instalarse en París para pasar su vejez.

Halló vivienda acomodada á su gusto en un quinto piso del núm. 15 del muelle de la Tournelle: dos alegres habitaciones con altas ventanas desde donde sus ojos alcanzaban un

panorama inmenso de París: los muelles con sus macizos malecones orillados de copudos árboles; el canal verdoso y plateado que hacía pensar en Holanda, la isla de San Luis y *Notre-Dame*, fondo lírico y piadoso, paisaje maravilloso de las afueras, lleno de poesía penetrante, melancólica, intensa y brava según las mudanzas de la luz y del tiempo...

Tres años llevaba en este sosegado retiro, sano y fuerte, con la filosofía de un hombre gordo y pacífico, remendando asientos de enea, componiendo porcelanas, recortando cartones, encuadernando libros, copiando manuscritos y solfa, aunque ya decayesen las audacias y gentilezas de su mano de pendolista, afinando pianos de rancias familias, venerables «Pleyel, Proveedor del Rey» de amarillentas y vacilantes teclas que parecían dientes descarnados, y ejerciendo, en fin, todo un manajo de complejos menesteres y delicadas industrias que le ayudaban á vivir sin mucha estrechez.

Como anunciara, presentóse el doctor Lecharme al siguiente día.

Durante un rato quedó de pie, jadeante, sofocado, rendido de los cinco pisos, respirando con satisfacción del trabajo y cansancio pasados.

—¡Qué escalera, qué escalera!

Y dejándose caer en la silla más grande, suspiró:

—¡Es que ya no tenemos veinte años!... ¡No, no los tenemos! ¡Y las piernas nos abandonan!

Después, ya tranquilo, y mientras acariciaba los dijecillos de oro y coral que resonaban sobre su chaleco marrón, expuso á Roulette el objeto de su visita con acento sentencioso y conminatorio.

La condesa de Saint-Salbi reclamaba á su Rey. Lo pedía obstinadamente, sin discusión, sin réplica. Tras de las lágrimas de júbilo que derramara en los días siguientes de la entrevista con su Soberano, tornó á ser imperiosa y despótica. Había contemplado á Luis, lo había gustado; le había besado las manos, las rodillas; y su ausencia le era insoportable.

Pensaba seguidamente en él, invocándole hasta en sus plegarias como á un santo de predilecta devoción. Sí; era necesario que de los indul-

gentes y reales labios se vertiesen de nuevo sobre ella las palabras que pacifican y confortan; que sobre las heridas de su corazón, derramase por segunda vez, el bálsamo mitigador.

Y no era eso solo. Por las noches, aprovechándose del letárgico sueño de enfermera en que solía caer la señora Adriana, la Condesa se había levantado algunas veces, resplandeciéndole los ojos, imaginando, al fuego de su lamparilla, que *Él* entraba y cruzaba por la cámara. La señora llevaba siempre pendiente de una cadenita de plata la miniatura que él le había dado; y antes de dormirse pegaba, incrustaba su boca en el vidrio del precioso retrato. ¿Se podía razonablemente abandonar una curación emprendida con tan grande audacia y éxito? ¡No; no nunca; no se podía! Él, Lecharme, no podía hacerlo ni consentirlo. Sólo ante la idea de esta renuncia, de este abandono se estremecía su alma leal... ¡Ya que se había intentado la estremada, la única, la decisiva prueba, era preciso acabarla, cerrando los ojos, costase lo que costase!

—Invoco á vuestra conciencia—

gritaba agitadamente.—Pensad que esta obra nos es común, que sois responsable, como yo, de cualquier desgracia... No; no tenéis derecho á desistir...

A las primeras palabras, Roulette parapetóse en una negativa enérgica aunque muy cortés, excusándose con los muchos y precisos trabajos que había de cumplir: sus pianos... una importante plaza de cajero en perspectiva... un pariente moribundo en Bugey. Pero Lecharme porfiaba tercamente, empleando frases militares para estimularle y vencer al indeciso. ¡Oh, mal soldado el que se acobarda por la primera escaramuza y arroja las armas y huye!... Equivaldría, sí... ¿No equivaldría á una desertión?

—Nombradlo de esa manera si así os place—le repuso el antiguo cómico, pero este asunto me desagrada. Me pedisteis que hiciese de Rey para aliviar el trastornado cerebro de una de vuestras clientes, y yo lo hice como mejor supe... Pase por una vez. Ahora queréis que se repita, y yo no, yo no quiero, vamos. ¡Os digo que no quiero!

—Calmáos, amigo mio, calmáos—imploró el doctor.

El otro continuaba:

—Yo no conozco para nada á esa señora. ¡Que sigue, ó que se queda loca! Bueno. ¡Qué me importa! ¿Por quién me tomásteis? ¡Tratárase de una persona que me fuera allegada y querida... de mi madre, por ejemplo, ni que decirlo...!

—¡Oh, es una señora tan respetable y tan buena!—insinuaba Lecharme.—¡Nada más os ha visto algunos minutos y ha cambiado, se ha transformado toda su vida! ¡Os conmovierais, os enternecierais hasta llorar, y llorar mucho, si escucháseis todo cuanto dice de su Rey! ¡Mirad que ella os quiere y os llama!

—Pues... no voy.

A grandes pasos, como un padrino que mide las distancias en un duelo, el doctor empezó á cruzar el aposento, desde la puerta á la ventana, con los brazos plegados á la espalda y la cabeza caída sobre el pecho. Sus labios se movían febrilmente balbuciendo, iniciando palabras que no llegaba á terminar.

De pronto, irguióse Roulette en su

butaca. Parecía haber tomado un grave, enérgico y repentino desig-
nio. Detuvo el desesperado paseo
del doctor, y dijo:

—Bien ¡sea! Volveré á visitar á esa
señora; volveré á darle mis manos
para que se las coma á besuqueos.
Pero os advierto que no ha de ser
por una sola entrevista y luego ¡bue-
nas noches! y se acabó, no. Ahora es
otra cosa. ¿Me contratáis por una
temporada? Habéis de asegurarme,
al menos, diez ó quince «audiencias»
y una buena recompensa á su térmi-
no. Si aceptáis, aquí tenéis á vuestro
hombre; si no admitís esa condición
podéis buscar otro.

Lecharme permanecía de pie, per-
plejo y satisfecho al mismo tiempo.

— ¡Diez ó quince audiencias! ¡Por
Dios, es demasiado! Es que es muy
distinto mantener un día algunos
minutos de coloquio á entablar rela-
ciones asiduas, regularizadas con
una enferma á quien... á quien se ha
de engañar. ¿No teméis que siendo
la condesa un espíritu sagaz, no des-
confíe á la larga y recele cualquier
superchería? ¡Oh, moriría, moriría
de repente si llegase á averiguar

la impostura! ¡Pensadlo, pensadlo
bien!

—Ya está dicho. Es un asunto para
tomarlo ó dejarlo—repuso Roulette.
—Y... no os atormentéis, ¡vaya! Por
mucha astucia que tenga esa rancia
señora, yo sabré envolverla muy
ricamente. Pero, no hay que olvi-
darlo: por buen precio. De manera
que... asunto terminado. ¿Aceptáis?

Todavía tuvo el doctor una segun-
da duda. Luego, temiendo que Rou-
lette pudiese cambiar de propósito
ó exigir una recompensa más cre-
cida, tendióle la mano y pronunció
solemnemente:

—Queda pactado.

Las menudas cuestiones que falta-
ban fueron pronto resueltas. Y deci-
dióse que, al siguiente día, reaparecie-
ra Roulette en la calle de Varennes.

No fué fijada la duración de las
visitas. En cambio limitóse el moti-
vo de las pláticas, que habían de ser
siempre de un orden de ideas pura-
mente monárquico. Por ningún pre-
texto podía apartarse de este círculo
ni pasar á temas fútiles y ociosos,
incompatibles con la dignidad de
un Rey.



CAPÍTULO V

•Han sido afiladas todas las flechas, y entesados todos los arcos•.

ISAÍAS, C. V, v. 28



Lafayette? ¿Lo visteis, Sire, sobre su blanco caballo?...

—A ésta pregunta pronunciada por la señora de Saint-Salbi, con voz emocionada y vibrante, no respondió en seguida Roulette, sino que movió la cabeza de abajo hacia lo alto, dejando su mirada tercamente fija en los rosetones del plafón. Después, murmuró suspirando:

—¡Ah, si él hubiese querido!

Fulguraron los ojos de la condesa.

—¿Y Petión? ¿Qué piensa Vuestra Majestad de Petion?

Aquí, la faz de Roulette dulcificóse, quedándole un gesto grave y sereno. Muy despacio, dijo:

—¡Oh, sí; yo pienso muchas, muchas cosas; yo veo muchas cosas, muchas!

Y alzaba fatigadamente su diestra...

—¡Cuán profundo y sabio es Vuestra Majestad, juzgando á los hombres!

Guardó un silencio respetuoso, y en él sonaron ceremoniosamente cinco golpecitos del reloj de concha. Apagada la vibración postrera, siguió la honda paz.

Era la hora íntima, de una exquisita y solemne ranciedad, de profunda tristeza, de la tristeza de las grandes desventuras y renunciaciones.

De cuando en cuando crugía un mueble de Boulle ó llegaba la lejana trepidación de un carruaje, que allí parecía de carroza. Pendientes de los muros, dentro de sus marcos de oro enrojecido y de cobre labrado en filigranas, los retratos de la Familia Real y los medallones del Delfín, sonreían satisfechos. Sobre las

felpas ajadas de revueltas vislumbres, se veían lindos *bibelots* del siglo XVIII. Un ambiente de antigüedad flotaba en la estancia, envolviendo á esta gran dama y á este magnífico gentil-hombre, inmóviles, sentados frente á frente contemplándose sus cabezas alumbradas por las últimas claridades del crepúsculo, mientras sus cuerpos se perdían ya en la espesa penumbra.

Cuando el Rey descruzaba sus piernas, resplandecían súbitamente las hebillas de sus zapatos.

Erá la tercera tarde que Roulette pasaba al lado de la aristocrática enferma, desde que consintiera en reanudar su labor.

Venciendo poco á poco la inevitable cortedad y turbación que la paralizara al comienzo, dueña ya de sí misma, la condesa osaba iniciar el diálogo. Y alentada por un acogimiento bondadoso, paternal, pedíale mil noticias y presentábale de improviso mil cuestiones y asuntos cuya insistencia y dificultad confundían al monarca.

En el transcurso de su vida solitaria, en los interminables inviernos

pasados en el castillo de Genêts, la señora había leído y releído tantas memorias, tantos anales, documentos y correspondencia del reinado de Luis XVI, que sabia casi de memoria la historia frívola y terrible de todas las postrimerias de ese siglo. Y pensando que ella, Berta-Yolanda de Saint-Salbi, una humilde súbdita, menos que una menestrala, una pobre mujer, estaba sentada cerca de su Rey, de su Luis XVII, aquel que venciera cien veces los vicios y horrores de la época fatal, atravesando sano y salvo la recia borrasca... llevada de ansias inefables, de una sed ardentísima de todo el precioso pasado, pedía que se derramase su palabra, para sorber la verdad fluyendo de la boca augusta, de esa boca incapaz de fingimientos de la Historia.

Al principio fueron tímidas alusiones á los primeros años del monarca; frases insinuantes y aisladas:

—¡Oh, la señora Polignac, vuestra aya! ¿Y aquella hermosa espada que os trajo el conde de Provence?

El la escuchaba, haciendo una son-

risa marchita, muy indulgente y la señora se fervorizaba.

—¡Oh, Sire, perdonadme! ¡Hubiera sido yo tan venturosa viendo á vuestra majestad en su juventud, lo mismo que ha sido popularizado por los retratos: el cuello desnudo entre la ancha batista rizada, la cabellera flotante!—¡Oh, cuán dichosa!

Y Él, pasaba á una repentina gravedad, evocando, evocando:

—¡Esos tiempos están ya muy lejos!

—¿Y Varennes? — balbucía anhelante la dama—¿Y el retorno á Paris?

—¡Horribles recuerdos, señora... horribles!

Y palidecía el Rey.

Entonces, ella para mitigarle de tan dolorosas emociones le hablaba de Versalles, que conocía hasta en los rincones y parajes más íntimos como si hubiera sido su mansión.

Tampoco ignoraba el más leal rasgo y minucia de la etiqueta de las recepciones. Sabía que el *Grand couvert* se servía siempre en la antecámara de la Reina; y que entonces, sólo se hacía música en el salón de la Paz; *Zémire et Azor* de Grétry, el

Durmiente despierto de Marmontel, Vestris... la eran familiares; nombraba á los suizos, la guardia francesa, la caballería ligera... Había visto á María-Antonietta de linón blanco, con una cayada en la mano, dirigiendo las mudanzas del baile del domingo, y al señor conde de Artois representando el impertinente Figaro, haciendo cabriolas en el Trianón. Dionisio Roulette veíase forzado á servirse de todas sus pasadas sutilezas de antiguo farsante.

Pronto dióse cuenta de las graves dificultades que ofrecía el papel de falso monarca, imprudentemente aceptado.

Releyó y estudió con avidez en su incompleto manual la extractada narración de los formidables sucesos de 1780 á 1800. Le fué preciso hincar en su memoria muchas fechas, pormenores esenciales, algunas indispensables frases históricas, como el famoso: «Id y decidle á vuestro señor», todo un conjunto, en fin, de grandes y menudos hechos que no le era permitido ignorar.

Pero, no obstante sus precauciones, frecuentemente hallábase inde-

ciso y cortado en medio del más interesante coloquio; y no sabiendo que decir, había de reducirse á una forzada sonrisa, á un visaje, un ademán enigmático.

A veces un repentino silencio, que parecía motivado por sombríos y escondidos dolores, servíale también de refugio.

Pero, gustaba más de toser, de suspirar y pasar súbitamente á otro asunto; ó bien dejaba que ella hablase lo que quisiera, alentando su palabrería de vieja ñoña entusiasmada, y caldeando, derritiendo su timidez con la indulgencia de su mirada y la cortesía é interés que denotaban sus actitudes. Y así escuchándola se iba él instruyendo sin gran trabajo.

La señora le recordaba á Cagliostro y sus diamantes; el *affaire* del collar; la profecía de Cazotte; le repetía palabras precocísimas que pronunciaba él siendo muy infantil; sus rasgos de adorable bondad; las flores que prefería cultivar en el jardincito de Versalles que él tenía.

Entonces cuidaba mucho el mo-

narca de no interrumpirla; sino que antes autorizaba su relato con reiteradas muestras de complacencia, limitándose, de tiempo en tiempo, á murmurar soñadoramente:

—¡Oh, sí, recuerdo, lo recuerdo! ¡Qué añoranzas!

Y de esta manera transcurrían las cosas, hasta el momento en que él se levantaba, y curvándose decía:

—Es ya muy tarde, señora y *nos* debemos retirar.

Y siempre, entonces, sus párpados estaban humedecidos.

En silencio, la condesa se arrodillaba y besaba devotamente la mano del Rey. Después separándose algunos pasos, los codos en el talle destacándose nada más el antebrazo, pellizcaba con la yema de los dedos entrambos lados de su halda larga y vistosa, y retrocediendo, emprendía, muy despacio, la triple reverencia de corte según los ritos más escrupulosos, y al fin quedaba casi postrada y oculta por el revuelo de sus amplias ropas que formaban una rueda de oleajes.

Acudía Brígida, en cuyos labios asomaba una rebelde sonrisa. Y en

tanto que mullía los hundidos almohadones de las poltronas y ordenaba las sillas, preguntaba á su señora:

—Y bien, señora condesa, ¿os sentís satisfecha? ¡De veras que este Rey parece una buena persona! Y decid, ¿no es uno de estos días cuando ha de subir al trono?

Luego, aparecía la enfermera, diciendo muy despacito, dulce y risueña:

—Ya es hora de que toméis vuestro medicamento.



CAPITULO VI

«Si Luis XVII no existiera, sería necesario inventarlo».

* * *

CERCA de un mes había transcurrido.

Ocho veces se había ya ataviado Roulette con las ropas de la realeza y había ceñido á su costado la blanca y gentil espada.

Ningún singular suceso diferenció estas entrevistas, celebradas cada tres días, á hora fija, porque la exactitud, la puntualidad, como nadie ignora, es la cortesía de las testas coronadas.

Todavía, á la llegada del príncipe, sentía la condesa el mismo temblor

gozoso de antes, pero aquel febril recogimiento, aquella humilde impresión que la hicieran desfallecer, se habían disipado.

La señora de Saint-Salbi acostumbrábase ya á estas preciosas audiencias como si fuesen un hecho natural que participaba de la integridad de su vida ordinaria. Ni siquiera pensaba que estas regias mercedes pudieran tener un cercano término.

Y, sin embargo, Roulette comprometióse nada más para diez jornadas. Seguramente, su trabajo—que demandaba extremada astucia,—le sería retribuido con largueza, pero, ¿debía, acaso, sacrificarlo todo, renunciar á sus pequeños negocios, á sus descansadas industrias que le habían sustentado hasta entonces, perder antiguos amigos y seguros clientes, despedirse de sus pianos, para correr los azares de un oficio tan peligroso como el de falso Luis XVII?

Francamente, esto era una locura. Y decidióse á hablar muy claro con el doctor Lecharme.

—¡Ya estoy harto de remedar al Rey, de farsa de cámara! ¡Se vé que no me conocéis!...

—¡Oh, si, ya lo creo! ¡Sois la espuma, lo más florido de los hombres! ¡Oh!—decía el doctor haciendo mil fervientes protestas de gratitud.

—¡Coplas, y nada más que coplas!

—¡Vamos, vamos!—añadía el médico suplicante.—¿A qué alzar bandera de rebelión? ¡Convinimos diez entrevistas; solo os quedan dos; sed hombre de palabra, amigo mío; y soportadlo hasta lo último!

Roulette, aunque con manifiesta repugnancia, fué resignándose, haciendo, de cuando en cuando, un mohín, una pequeña mueca de chico mal criado.

De improviso, sus rasgos, hasta entonces en apagamiento de hastio, se modificaron exaltadamente, su mirada llenóse de lumbres, su frente pareció también iluminarse como al paso de una idea audaz, grande y magnífica; y agarrando al doctor por las solapas de su casaca azul, exclamó, al mismo tiempo que salía un profundo, un inmenso suspiro de su pecho:

—¡Ni una palabra! Soy vuestro hombre ¿estamos? vuestro hombre mientras os plazca: durante meses y

años, si es preciso... Y en cuanto á menudencias de dinero... ¡bah! ya hablaremos; tiempo nos queda. Entre gentes de corazón siempre hay acuerdo...

Inmóvil, estupefacto de tan brusco cambio, balbucia Lecharme confusas palabras de gracias.

— ¡Oh, braa... vo! ¡Así, así se hace! así es...

Pero Roulette le interrumpió bondadosamente:

— No hay por qué agradecerme nada, ¡santo Dios! Es mi temperamento, mi manera de sér... me gusta favorecer al prójimo, y nada más. ¡Eso es natural!

— ¡Oh!



CAPÍTULO VII

«Esta carta fué escrita en papel de cantos dorados, con una pequeña pluma, linda, nuevecita».

LORD BYRON, *Don Juan*



SENTADO en una sillita baja de su dormitorio, Roulette, en mangas de camisa, revolvía los fajos y montones de papeles que llenaban un cajón de su cómoda Imperio, sacado y tumbado sobre el suelo.

Con mano recia, y nerviosa, elegía y rechazaba manuscritos de tinta envejecida, no apartando sino algunos amarillentos y empolvados, en cuyas páginas dejaban sus dedos blancas huellas.

Frecuentemente interrumpía la faena; balanceaba su cabeza, y su

lengua producía un chasquido pastoso y picaresco.

Al cabo, cuando todo el cajón quedó vacío, y su contenido puesto sobre el piso, formando un cuidadoso círculo, pareció recogerse en sí mismo algunos instantes, examinar con grande atención, como ante un gravísimo acuerdo; y después, inclinándose, escogió un manojo atado con una cinta de un azul marchito.

Con mucho cuidado lo fué desatando, y retiró cuatro ó cinco cartas, de las cuales, una de sobre largo y estrecho atrajo sus miradas. Lo abrió ansiosamente, y de los pliegues de un papel transparente con cenefa de florecitas pintadas, desprendióse un áspero mechón de cabellos, rubios cenicientos, que todavía conservaba una remota gracia de rizo.

Un ligero «¡Ah!» de regocijo escapóse de los labios de Roulette, y sus ojos acariciaron el dulce billete que decía:

«Mi buen Dionisio:

»Ya que tanto te agrada y lo deseas, te mando el mechoncito de mi pelo que tan lindo te parece. Lo he

cortado debajo de mi orejita, al lado del cuello, de allí donde tu me coges para hacerme cosquillas. ¿Me juras que lo guardarás siempre, siempre? ¿De veras?

»El martes estuve en el teatro, cuando te aplaudieron tanto...

»¡Qué hermoso, y tu pequeña qué satisfecha de ti!

»Mañana, á la hora que tu sabes, te esperaré junto al paseo.

»Tuya

Zoé.»

Una lumbre de orgullo bañó la frente del comediante, y sus ojos se humedecieron al paso de estos recuerdos de sus amores juveniles, de sus pasados triunfos; pero este ridículo enternecimiento sólo tuvo la vida de un instante bello y bueno. Apartó toda emoción; y prosiguiendo su tenaz idea, continuó, lento y sereno, aquella labor misteriosa de búsqueda y ordenamiento de cartas, todas con cabellos de mujeres, negros, rubios, azafranados, castaños. Recogió estos frágiles y mustios restos, y los llevó y esparció sobre su mesa. Sentóse en un taburete, é in-

clinándose aspiró los apagados perfumes que dejaba esta mies de guejeas. Después, con meticulosidad y afeminados gestos de peluquero, fué separando y agrupando estos finísimos copos; buscó sus ataduras guiñando los ojos; las enrolló á su gordo índice, y dedicóse á entibiarlas con su aliento. Finalmente eligió los tres mejores rizos: el rubio de Zoé, y otros dos de tonos castaños; y envolviéndolos en ajados papelitos, los cerró con una gota de goma arábica.

En seguida, trajo de la contigua pieza plumas y tinta, y escribió gravemente sobre el atadizo del bucle de Zoé:

«CABELLOS DE LA REINA
MARÍA-ANTONIETA,
MI MADRE»

Y luego encima de los otros, con rasgos más pequeños:

«CABELLOS DE MI QUERIDA TÍA
MADAME ELISABETH»

«CABELLOS DE LA INFANTA,
MI AMADA HERMANA»

Al día siguiente, que lo era de «conferencia regia», llegaba á casa

de la condesa, con la mirada viva y alborozado semblante.

Como de costumbre, subió á los desvanes, inmensos, fríos, deshabitados, donde nunca entraba la señora de Saint-Salbi.

Allí quitábase sus ropas para vestir las de la realeza.

Lecharme le proveyó de dos sillas de paja, una mesa blanca y ruda, un cubo de agua, una fazaleja y una pella de jabón.

Los muros abohardillados, taladrados de tragaluces se apuntalaban oblicuamente con recias vigas mordidas por los años; arañas oriundas de los días de la Revolución, tejedoras afanosas extendían sus espesas tramas por todos los rincones; los ladrillos, vacilaban bajo la más leve pisada. Era todo una revuelta escombra de viejos enseres, melancólicos objetos en decrepitud y ruinas; antiguos herrajes cubiertos por la lepra de la herrumbre; un enorme fusil de beduino; cacerolas y vasijas de estupendas hechuras y dimensiones; cartucheras, arcáicos pistoletes, el busto del Abate Condillac...

...Roulette se había puesto las me-

días y embutido en su calzón estaba entregado á la faena de peinar y empolvar la peluca, sirviéndole su puño izquierdo de horma, cuando rechinó la falleba de la puerta y asomó la ancha y mansa cabeza del doctor.

Siempre venía en los últimos instantes del atavío para ofrecerle un amistoso saludo, á la vez que avizoraba las buenas ó contrarias impresiones de su cómplice.

—Bien, Sire, ¿cómo se encuentra hoy vuestra majestad?—preguntóle con maliciosa sonrisita.

—¡Psé; no va mal, y bastante, bastante rechoncha!

Y muy humorístico se movía y pavoneaba cuidando del más leve pliegue de sus faldones, y acariciándose los encajes de chorrera.

Un orgullo y alegría insólitos, intensos, le transfiguraban.

Lecharme reparó de súbito, en unos pequeños paquetes dejados junto al tricornio; y acercóse para leer sus inscripciones; pero Roulette adivinando este pueril propósito, se los escamoteó guardándolos en su faltriquera.

Y como la mirada del doctor se

fijase en él con severidad y tristeza, enviándole un mudo reproche, el otro murmuró con cierto aire de suficiencia:

—Bah, nada... ¡golosinas!

Ya dispuesto, volviése, el mentón dominador, y parodiando, no sin nobleza, la frase de Luis XVI, al salir de la Conserjería:

—¡Señores, vayamos!

Descendieron por una angosta escalerilla de servicio, de tramos de hierro, contra los que rechocaba sonoramente la espada del soberano.

—¡Fijáos, fijáos bien donde colocáis el pie!—le advertía bondadoso el doctor.

Toda la casa reposaba en quietud y silencio de residencia monástica; y sólo se oía el crujido de las suelas sobre las losas y la voz del comediante que ensayaba frases afectadas: «¡Quiera el cielo, señora, que las flores de lis...!» ó: «¡En los brazos de qué puerto iremos nosotros á arrojar... arrojar...»

—...«nuestra ancla postrera»—acabó Lecharme.

—«¡Sí; eso es, nuestra ancla, nuestra ancla, postrera!»

Y á la entrada del salón se despidieron.

Después que hubo sufrido el repetido homenaje de genuflexiones y besa-manos, Roulette hundióse en su butaca, acorazado de paciencia y cortesía, apercibido á resistir con máscara todavía más amena y afable la exasperadora locuacidad de la condesa.

Estaba resuelto á no protestar de nada; decidido á todos los sacrificios, á vencer las flaquezas y rebeldías del amor propio.

En aquel momento, en que fatigado de las largas tardes perdidas frente á este imbécil dama, arrepentido y hastiado de disipar—por la incierta curación de esta desconocida y loca vieja—las preciosas horas de su todavía verde sesentena, decidía dimitir y dejar que Lecharme se cuidase sólo de este enfadoso asunto, un vasto y maquiavélico designio, sublime de audacia, y sin embargo de posible cumplimiento, brotó de improviso en su cráneo.

Y repentinamente había acometido su realización, acosado por la angustia de no llegar á alcanzarlo,

sacudido, impulsado, desarraigado por esa especie de interior vendaval que atiza, levanta y ensancha la llama de las utopías y de las quimeras de la senectud.

Y en tanto que la condesa, transportada por el hervor de sus recuerdos y de su sandez á una época en la que creía haber representado y cumplido una misión, evocaba la magnificencia de la Galería de los Espejos, él, Roulette la contemplaba largamente, muy largamente, piadoso y despectivo como á una menuda y débil presa.

Poco á poco sus labios se contrajeron, muy delgados, muy secos; sus cejas, quedaron rectas; una constante arruga hendió su frente; y contemplando, con cierta ferocidad mezclada de socarronería, á la desdichada maniática, ya toda canosa, el seno liso, tan flaca y mísera, consumida de fiebre que hacía vibrar de fe sus palabras, sonreía el monarca en su corazón pidiéndose albricias por haberse confiado, en los últimos años de su vida, una empresa tan brava, gloriosa y codiciable.

Cuando estimó propicio el momen-

to, adelantóse hacia la condesa, y sacando de su bolsillo, con estudiada lentitud, los pequeños paquetitos, tan hábilmente hechos, ofrecióselos, sin fuerza apenas para explicar nada á la dama; ¡tanto le temblaba la voz, rota por contenidos sollozos!

—¡Tomad!... ¡aceptadlos! ¡Pobres recuerdos librados de la borrasca!

La señora de Sant-Salbi los recogió confusa y anhelante; y cuando sus ojos devoraron las líneas trazadas en los marchitos papeles... ¡oh, entonces, no supo, no pudo reprimir la impetuosa emoción que anegaba todas sus entrañas! Y un grito ronco salió de su oprimido pecho; osciló su cabeza, y balbuciente, apretando entre sus manos enmitonadas las frágiles reliquias, murmuraba:

—¿Cabellos? ¡Oh, son cabellos, cabellos!... ¡Y de la Reina! ¿Lo he leído bien? ¡De la Reina, y hasta de la Infanta y de la serenísima señora doña Isabel! ¡Oh, Sire... Sire... es demasiado, Dios mío!

Sire la reanimó con autoridad familiar, dulce, bondadosa.

—¡Guardadlos, pues, señora! ¡conservad estas joyas inestimables, que,

á mi juicio, no pueden hallar mejores manos donde ser depositadas!

Ella no pudo pronunciar palabra. ¡En tal trance le pusieron el gozo y la sorpresa! Y conteniendo su aliento, y aún los latidos de su corazón, sintiendo un íntimo miedo de cometer sacrilegio... rompió los sellos de los amarillentos papeles... papeles del tiempo de... ¡oh!... Y cuando aparecieron los amados, los santificados y hermosos bucles, que, antaño, se rizaron en la nuca de princesas mártires, los llevó á su boca, ávida y reverentemente... y las lágrimas rodaron por sus viejas mejillas.

Fué un momento inefable.

Postrada, inmóvil como una muerta, la señora de Saint-Salbi, fijaba sus empañadas pupilas en los delicados y príncipescos toisones, doblemente preciados y sacros para su ánima, mientras el Rey, apoyando sus brazos en los mullidos de la butaca, engrifados los dedos, en la actitud senil y rapaz del Voltaire de Hondon, recordaba con una villana sonrisa refugiada en la comisura de sus labios, las mimosas palabras de Zoé: *Lo he cortado debajo de mi ore-*

jita; al ladito del cuello, de allí donde tu me coges para hacerme cosquillas... ¿Me juras que lo guardarás siempre, siempre?

Y pensó que la vida era extraordinariamente irónica y chusca...

...La condesa había dejado su asiento, y suplicaba á los pies del Príncipe:

—¿Me deja vuestra majestad que busque un sagrario en alguno de esos muebles? ¡Ansío tanto esconder estos tesoros!

Consintió Él, haciendo un gesto sacerdotal.

Y la señora revolvió apresuradamente su dorado llavero; y abrió un armario de marquetería de maderas de Indias y un lindo costurero de caoba-cereza donde aparecieron ordenaditas en sus celdas todas esas graciosas tabaqueras, bujetas, pomos y miniaturas del siglo de la coquetería entre los joyeros, escriños, cofrecitos de taflete, bolsitos de polvos aromáticos, estuches de plata cincelada, alcancias de concha, y mil objetos cuyos nombres tienen el perfume de la evocación.

De súbito, el Rey vaciló, acome-

tido de un vértigo; aletearon sus brazos; llevóse su diestra á la frente, después al costado, y quedó inmóvil, como un tronco.

La señora exhaló un grito maternal, y precipitóse para acorrerle.

La comedia de Roulette se detuvo.

El soberano se había repuesto, y sus labios dibujaban una fina sonrisa, muy triste.

Mirábale la condesa angustiada, enloquecida.

—¡Oh, decid, decid! ¿Quiere vuestra majestad un cordial, decid?

Dudó el soberano, fingiendo contenerse discretamente. Pero bajo aquella mirada solícita, efusiva, que le abrigaba, que le alentaba, que le protegía, resignóse y murmuró:

—¡Bien... sí! lo que queráis; lo acepto... nada; un refrigerio...

—¿De naranja? ¿Sí?

—¡Lo que queráis... lo que queráis... unas gotas!

Y efluvios de gratitud se escaparon de sus húmedas pupilas y envolvieron á la piadosa criatura.

Rápidamente, casi rompiéndolo, tiró la condesa del cordón de la campanilla.

En seguida apareció la señora Adriana escoltada por Brígida, que traía las mangas del corpiño recogidas mostrando sus brazos rojos y macizos.

Entrambas quedaron clavadas en el umbral, repitiendo, repitiendo torpemente sus reverencias al Príncipe, y mordiéndose los labios para sujetar la risa.

—¡Pronto, pronto...—ordenó precipitadamente la señora—una copa de naranjada para monseñor!

Y luego, más despacio, les advirtió: «En mi bella copa de Venecia».

Pasado un momento volvió la enfermera con una rica bandeja, el precioso vaso y un frasco vislumbante de gotitas heladas. Adelantóse hacia el Rey, pero la dama le arrebató celosamente todo el servicio, mientras con gesto indiscutible, firmísimo, le indicaba la puerta á la pobre mujer.

La señora Adriana tuvo que retirarse.

Entonces, la condesa con unción y recogimiento, fué escanciando el licor de reflejos de topacio fundido, y ofrecióselo al Príncipe, desde le-

jos, no osando franquear las distancias. Él tomó el cáliz por el tallo, con los tres primeros dedos; lo alzó hasta sus ojos; después allegóselo á la boca, y sus labios bermejos y sensuales fueron bañándose de delicioso zumo. Levantó más el brazo; cerró los párpados, y lo sorbió todo de una vez, sin alentar siquiera.

—¡Sire!...¿cómo os halláis? ¿y vuestros trastornos?

Sire la tranquilizó con un leve movimiento de cabeza.

Luego, murmuró:

—Gracias á Dios, señora, se van disipando... La crisis terrible parece todavía lejana.

Y como ella le preguntase sobresaltada:

—Señor: ¿vuestra majestad padece con frecuencia estos accidentes?

Su majestad dignóse explicarle dolientemente:

—¡Oh, sí, sí! Es mal nervioso, incurable, contraído en la época de mi prisión en el Temple... Todos los desvelos y cuidados de los príncipes de la Ciencia han sido ineficaces. ¡Un pobre niño no atraviesa impunemente por tantos horrores!... Y

ahora, después de las fatigas de una vida tan dolorosa y trabajada, nada más aspiro al reposo. ¡La paz, la paz! ¡Oh, mi vejez! ¡Si pudiera acabarla en sosiego, en el refugio apacible de un santo hogar, apartado de todas las intrigas y falacias de los hombres!

Y el Rey exhaló un suspiro melancólico; y dejando caer con abatimiento sus brazos, murmuró:

—¡Ay... no soñemos, no soñemos!

—¿Soñar, decís? — Y la condesa prosternóse ante los reales hinojos, y juntando las manos, imploró con todo su ardimiento:

—Sire, escuchadme, y perdonad si me atrevo...; pero, acordáos de la bienvenida que dí á vuestra majestad cuando tuve la inmensa ventura de recibirla bajo mis techos:

«Sire: todo es vuestro, y la señora de esta mansión es vuestra sierva». ¡Yo os repito hoy las mismas palabras desde lo más hondo, lo más hondo de mi corazón!

Y la señora gimió veladamente, escondiendo la faz en su pañizuelo de finisimos encajes, mientras el Rey parecía transportado por una vaga

quimera que le hacía murmurar muy paso: »Si..., quizás... algún día... ¡quien sabe!»

De improviso cambió su acento; transformóse su rostro y le centelleó la mirada como á su abuelo Enrique IV.

—¡Oh, blanca insignia! ¡Cándido emblema, señora, la naranjada que antes me ofrecísteis!

Y al mismo tiempo, en su interior pensaba: «¡Cogida te tengo, ya eres mía, pobrecilla!